



Escudo del primitivo edificio de la Academia de San Carlos (siglo xviii).

LA ESCUELA VALENCIANA DE ARQUITECTOS

DISCURSO LEÍDO PARA SU INGRESO EN LA ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN CARLOS, DE VALENCIA,

POR EL

SR. D. FERNANDO LLORCA DÍE

DOCTOR EN CIENCIAS HISTÓRICAS Y ABOGADO

Sesión del día 29 de diciembre de 1932

EXCMO. SR.:

SEÑORES ACADÉMICOS:

UNA rendida expresión de agradecimiento han de ser mis primeras palabras.

Lo motiva vuestra benevolencia, nunca tan indulgente y magnánima, como al otorgarme el grandísimo e inmerecido honor de ocupar un puesto entre vosotros.

Nada me lo hubiera hecho esperar, porque nada me autoriza para merecerlo; y en este sentido no logra vuestra cortesía, con ser tanta, hacérmelo desconocer. Sólo hay la fineza de vuestra elección, la generosidad manifiesta de vuestros votos, única realidad a que pueda acogermme cuando, sin más títulos, recibo la honra de llegar a esta Academia, donde insignes artistas y preclaras autoridades continúan el pasado glorioso.

Debo, pues, a una amable condescendencia vuestra la altísima distinción que, siempre deseada, siempre juzgué inaccesible.

Tan grande el contraste entre el honor concedido y aquel en quien recae, viene todavía a acentuarlo lo espontáneo y unánime de vuestros votos que, sobre obligarme más con este nuevo motivo, han hecho que, al saber vuestro acuerdo, una halagadora y grata sorpresa acompañe a mi gratitud.

No es posible, sin embargo, corresponder a él como se merece. Vuestro excesivo favor es de los que ni se olvidan ni hay modo de que se agradezcan bastante.

Va con este tributo el sentido recuerdo al académico que con tantos merecimientos ocupó este sillón antes de que vuestras bondades me lo asignaran.

Fué, ante todo, D. Eduardo Berenguer Vilanova un gran amigo de la Academia. Nacido en Valencia el 30 de mayo de 1849, obtenía el grado de perito agrónomo al mismo tiempo que cursaba en la Universidad las carreras de Derecho y Filosofía, en las que era licenciado a los veinte años. Bien pronto, habiendo ingresado en el partido demócrata izquierdista, el abogado, que iba radicando en su bufete una sólida reputación profesional, hubo de compartir sus tareas con el político.

Diputado provincial en 1882, se le nombraba director de la Casa de Misericordia, donde, con positivos resultados, instituyó la Escuela de Oficios. Varias entidades, a las que llevaba el acierto de sus gestiones, le tuvieron por presidente: Junta de Obras del Puerto, Patronato de la Escuela de Comercio, Junta para defensa del Obrero, Comisión Provincial, Ateneo Mercantil.

Era alcalde de Valencia cuando se establecía la importante mejora de las vías metálicas en el camino del Grao. Representó a nuestra ciudad como diputado o senador en varias legislaturas, alcanzando la consideración debida a su prestigio en tan diversos cargos.

Elegido académico en 1907, puso al servicio de esta Casa, hasta que lo arrebató la muerte en 1931, una colaboración eficaz, atendida por su consejo y sus iniciativas valiosas. Con ellas la autoridad, la competencia y la influencia política del nuevo académico, siempre incondicionalmente ofrecidas. Obtuvo varias subvenciones en favor de la Academia, una destinada a la publicación de la revista *Museo de Arte Valenciano*, otra para las enseñanzas de cerámica y de grabado al aguafuerte que se dan en la misma como estudios libres, y otra para el Museo de Pinturas.

Entusiasta de las Artes, habían de encuadrar perfectamente su temperamento, su cultura y sus aficiones en esta Corporación, donde tuvo todas las simpatías y todos los respetos, llegando a la categoría de primer consiliario.

Quede la actuación de este gran y buen amigo de la Academia como ejemplo y estímulo.

Corresponde ahora, en cumplimiento ineludible de aquello que los Estatutos dan por obligatorio, la presentación del trabajo doctrinal. Me complace advertir que no he buscado fuera de esta Casa su tema. He querido recoger en él unas páginas del espléndido historial académico, para hablar de la fundación de la Escuela Valenciana de Arquitectura, uno de los mejores organismos creado por la Academia en su función docente, como vamos a ver.

LA ESCUELA VALENCIANA DE ARQUITECTOS

ORÍGENES

Fueron nuestros grandes artistas del siglo XVIII, siglo de las Academias (1), quienes prepararon con las escuelas privadas, reunidas en sus talleres, la fundación de esta Academia de San Carlos (2).

La Universidad, solícita hacia su hermana de cultura, le había cedido los locales de que pudo disponer (3). La ciudad extendía hasta ella generosamente su acogimiento, y si era protectora de las Ciencias y las Letras por el patronato universitario que entonces ejercía, iba a serlo también ahora de las Artes, al dar su ayuda a la naciente Academia (4).

Imperaba en España un ensayo del despotismo ilustrado. El absolutismo de los Austrias, acrecentado desde Felipe V por el cesarismo borbónico, fundamentaba la ambición regalista en aquella corte de Carlos III, donde todo era del rey, hasta la Inquisición, que hubo de someterse al fin y ser lo que el rey quisiera. Pero había, cada vez más acentuado, cierto universal afán de saber (5), una propensión solícita de ilustrarse, y producto de esto, la erudición, característica de la centuria, trajo las reformas culturales que, para engrandecer el reinado, ampararon los buenos consejeros de Carlos III: Aranda, Floridablanca y Campomanes, ministros españoles, que sentían y pensaban en español, pasados, al fin, los inadaptados y turbulentos séquito extranjeros.

La ayuda que obtenía en Madrid la fundación de la Academia de San Carlos no podía ser más eficaz con los informes y excelentes servicios de la vincular Academia de San Fernando, institución inicial de donde iban a irradiar las demás academias artísticas. Como hija suya (6), la primera entre las provinciales, se consideró esta Academia valenciana, que abierta en 1753 «para enseñar graciosamente a todo el que concurriera» (7), veía en 1768 aprobados sus estatutos por Carlos III, autorizada su creación con el título de San Carlos y organizados los estudios de las tres nobles artes: Pintura, Escultura y Arquitectura, con plan de trabajo completo, régimen especial y un esclarecido y abnegado personal docente.

(1) Año 1713, fundación de la Academia Española; 1738, Academia de la Historia; 1752, Academia de San Fernando; 1734, Academia de Medicina, etc.

(2) ORELLANA: «Biografía pictórica valenciana». Manuscrito de la Biblioteca de la Universidad. Hay duplicado en la Academia de San Carlos.—Boix: *Noticia de los artistas valencianos*, pág. 5.—CRUILLAS: *Guía urbana*, t. II, pág. 6.

(3) ORELLANA: *Valencia antigua y moderna*, t. I, pág. 626.—TORMO: Historia del Museo de Bellas Artes. *Valencia: los Museos*, pág. 7.

(4) «...que todos sus individuos (los de la Academia) le reconozcan por su Patrono (al Ayuntamiento de la Ciudad) y goce las prerrogativas de tal, en la forma que lo es, y del modo que las disfruta respecto de la Universidad, en todo lo que no se oponga a lo prevenido en los presentes Estatutos». Artículo II. Patrono. Estatutos de la Academia.

(5) BALLESTEROS: *Historia de España*, t. VI, pág. 273.

(6) «Esta digna Madre no perdonó diligencia», dicen las Actas de la Academia de San Carlos al ocuparse de aquellos beneficios.—*Noticia Histórica...*, 1773, pág. 10.

(7) «abierta a todos indistintamente (sino a los escandalosos) y en que casi son más privilegiados los más pobres».—*Noticia Histórica...*, 1773, pág. 40. Discurso del académico de honor D. Antonio López Portillo.

Desde entonces los estudios de Arquitectura tenían carácter oficial en esta Academia de San Carlos, que pudo conceder el título facultativo como esencial competencia suya. Había nacido nuestra Escuela de Arquitectos.

ORGANIZACIÓN

Un director—se alternaba cada mes—estaba al frente de la Escuela para el gobierno de los estudios. Tenía que explicar geometría, aritmética, las reglas teóricas y prácticas de arquitectura y procurar que los alumnos tomaran «de memoria de los libros más bien recibidos de estas facultades lo que creyeran oportuno para ilustrarlos» (1). Quienes no estuvieran bastante adelantados en el dibujo, lo hubieran aprendido en la misma Academia o en otra parte, no podían ser admitidos en las clases de arquitectura. El director de mes corregía los trabajos de los discípulos y no estaba permitido a nadie más corregirlos (2), excepto el Director general, que, como jefe de los profesores, podía hacerlo en «las obras de su peculiar profesión» (3). Era también potestativo de ambos corregir los dibujos de los «académicos, tenientes, y directores que asistiendo voluntariamente a estos estudios le pidiesen su dictamen y corrección», pero sin que ellos lo solicitaran «no pasarían a corregirlos» (4).

A fin de que fuese completa la dotación de personal técnico se creaba en 1778 la plaza de Teniente Director de Arquitectura, «con el particular encargo de enseñar un curso de Aritmética y Geometría... y las demás partes de las Matemáticas necesarias» (5). Se instituía igualmente por la misma fecha una pensión en Madrid a beneficio del alumno que más se distinguiese en los estudios (6), y con el mismo propósito, para estimular también la aplicación, comenzó a celebrarse en esta Academia cada tres años un concurso general de premios, concurso que, por falta de posibles, hubo de ser particular en 1770, 71 y 72, pero que ya fué general a partir de 1773. Se convocaba por edictos en los sitios más concurridos de la ciudad, en las cabezas de partido del reino y en otras partes, anunciando los asuntos, plazo de admisión de las obras, condiciones y pruebas a que debían someterse los opositores (7). Cuando había cumplido el término se reunía a los concursantes para el llamado ejercicio del repente, que consistía—por lo que hace a la Arquitectura—en dibujar en papel de Holanda, y durante dos horas (8), el plano, corte y fachada de un edificio principal

(1) Estatutos. Art. XII. Directores de Arquitectura. Núms. 1 y 2.

(2) Idem. Núm. 3.

(3) Idem.

(4) Estatutos. Art. XII. Núm. 3.—«Bien entendido que tienen facultad y aun obligación de corregir los dibujos y modelos de todos los discípulos por más graduados que se hallen y de los académicos supernumerarios».

(5) Había de elegirse para esta plaza «sugeto hábil y que hubiese dado pruebas de idoneidad».—R. O. 24 octubre 1778.

(6) «y aun sería muy útil enviase con el tiempo a Roma a algunos de estos mismos que más hubiesen aprovechado de las lecciones de la Academia de San Fernando». R. O. 24 octubre 1778. En la de 1.º de abril de 1779 se dispone que los pensionados en Madrid tengan «seis reales de vellón diarios por espacio de tres años, que es el tiempo que cada Pensionado podrá disfrutar de la Pensión».

(7) Estatutos. Art. XXVII. Núms. 2 y 3.—Los opositores que residan en Valencia deberán presentarse al Secretario en publicándose los edictos, y los que estén ausentes deberán escribirle, declarando unos y otros la arte que profesa y la clase de premios a que se opone.

(8) «Acabadas las dos horas, el secretario recogerá estos papeles, numerándolos... se traerán a la Junta estos papeles y sobre ellos se votará públicamente por solo los facultativos, esto es, por los Di-

si se aspiraba al primer premio, trazado de otra construcción menos importante para el segundo, y un orden o detalle arquitectónico para el tercero. Además, los directores le hacían preguntas «sobre puntos de su facultad» (1).

La Junta pública en que estos premios trienales se distribuían fué siempre una gran solemnidad para la Academia de San Carlos. Allí «veía y publicaba los frutos de sus aplicaciones y tareas» (2). Asistamos a la de 1773, primera de sus solemnidades públicas. Un salón cuadrilongo se halla adornado para la función, cómodo y capaz. En las paredes, expuestas las obras premiadas (3); al fondo, un dosel con el retrato de Carlos III, y en una pieza inmediata, como en una tribuna, la orquesta que va a tocar durante los intermedios. Recaen estas salas al ángulo de la Universidad enfrentado con la antigua plaza de las Barcas (4), abriendo sus balcones a la calle que entonces se llamaba de la Academia (5). Fuera se aglomeraba la gente. Llegaban co-

CONSTITUCIONES

PARA EL GOBIERNO

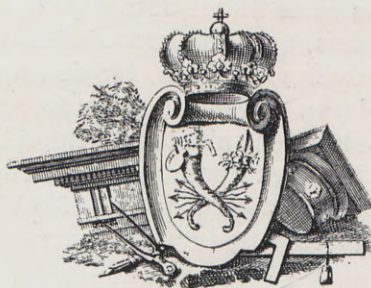
DE LA JUNTA DE COMISION

DE ARQUITECTURA

DE LA REAL ACADEMIA

DE S. CARLOS,

CONFORME A LA REAL ORDEN DE S. M.
de 2. de Noviembre de 1789, y arregladas se-
gun la práctica de la Real Academia de
SAN FERNANDO.



EN VALENCIA, Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.
M.DCC.LXXXXI.

Portada del folleto en 4.º, de 36 páginas.

(Archivo de la Academia).

rectores, Tenientes, y Académicos de Mérito; pues los Supernumerarios aunque asistan no han de tener voto».—Estatutos. XXVII. 6.

(1) Estatutos. XXVII. 7.

(2) *Noticia Histórica*, 1773, pág. 31.

(3) «en las paredes del salón se hallaban colocadas por su orden las obras y pruebas de los opositores premiados».—*Noticia Histórica*. 1773, pág. 32.

(4) «El primitivo local de la Academia fué las tres salas sin uso de la Universidad literaria, destinadas antes para aulas de gramática, retórica y poética, dando frente a la plaza que se llamaba de Santa Catalina de Sena y ahora está comprendida en la de las Barcas.» CRUILLAS, *Gufa urbana*, t. II, pág. 10.

(5) Plano en el archivo histórico de la Universidad, reproducido en mi trabajo *La Biblioteca Universitaria de Valencia*.—También la cita con este nombre CARBONERES: *Nomenclátor*, pág. 29.

ches, carrozas y uniformes. La Academia estaba concurridísima a las cinco de la tarde. Muchas personas de la primer distinción acompañaban al corregidor, D. Diego Navarro Gómez, que iba a presidir en nombre del Patronato. Llegados al salón, tomaron asiento a la derecha del dosel los consiliarios, viceconsiliarios y académicos de honor; a la izquierda, los directores y académicos de mérito, y en dos gradas, junto a él, los opositores (1). Había comenzado a tocar la orquesta, iniciando la solemnidad. El reparto de premios (2) fué a continuación refrendado por las aclamaciones del público. Después, el académico de honor, D. Antonio López, dijo su discurso en alabanza de las tres nobles artes: «La instrucción de la Academia es más científica, más liberal y más profunda que las nociones dadas en los obradores privados». Habló de la Arquitectura: «Ved el gusto que la Academia quiere inspiraros. Obras sólidas, útiles, duraderas: el primor, el adorno, la hermosura de los edificios han de tener por base la estabilidad y la firmeza, y por objeto las conveniencias sociales antes que las delicias del público... La misión de la Academia es apartar los errores e inspirar el buen gusto» (3). Todo esto dijo como programa y orientación de la nueva entidad incorporada a la vida de las artes.

«Resonó un general aplauso—consigna el acta—tributado al orador». «Un armonioso concierto» puso remate a aquella «función tan llena de satisfacciones para todos» (4). Con estas fiestas de arte y de cultura iniciaba la Academia de San Carlos sus actos públicos, que eran encomiados después en las tertulias doctas.

Todas las obras premiadas, las de arquitectura como las de pintura, escultura y grabado, quedaron expuestas durante ocho días de libre entrada en el local de la Academia, mostrándose al mismo tiempo los cuadros, estatuas y demás obras artísticas reunidas hasta entonces, y que se continuaba reuniendo, dentro de la escasez de recursos. Fueron el precedente de las visitas públicas, a lo que años más tarde se ampliaría en Museo, origen y fundamento del actual (5).

AMBIENTE

Se había instituído nuestra Escuela de Arquitectos cuando todavía la exaltación de los neoclásicos, graves señores de casaca bordada y citas en latín, combatía desatadamente las liberalidades del barroquismo, a pesar de que iba ya de vencida. La prodigalidad e independencia de este arte les seguía poniendo furiosos. Nada les había detenido para injuriarle como monstruoso, como depravador del gusto y corruptor de la arquitectura. Era el arte *jerigoncista*, como le nombraban (6), y no

(1) «El secretario en las Juntas públicas ocupará el lugar de la mano izquierda del presidente, arriado a la misma mesa, dejando libre el de la derecha para la persona que diga la oración, y las que reciten poesías.»—Estatutos. XXVI. 2.

(2) «...el secretario dará cuenta... declarando no solo los que han obtenido los premios, sino también los nombres de los otros discípulos, que han obtenido votos, con expresión de cuantos ha tenido cada uno.—El presidente entregará públicamente a los que hayan obtenido los premios la medalla o alhaja que se destinare para ello y recibidos se les colocará en lugar distinguido y adornado, donde permanecerán durante la función...»—Estatutos. XXV. 2 y 3.

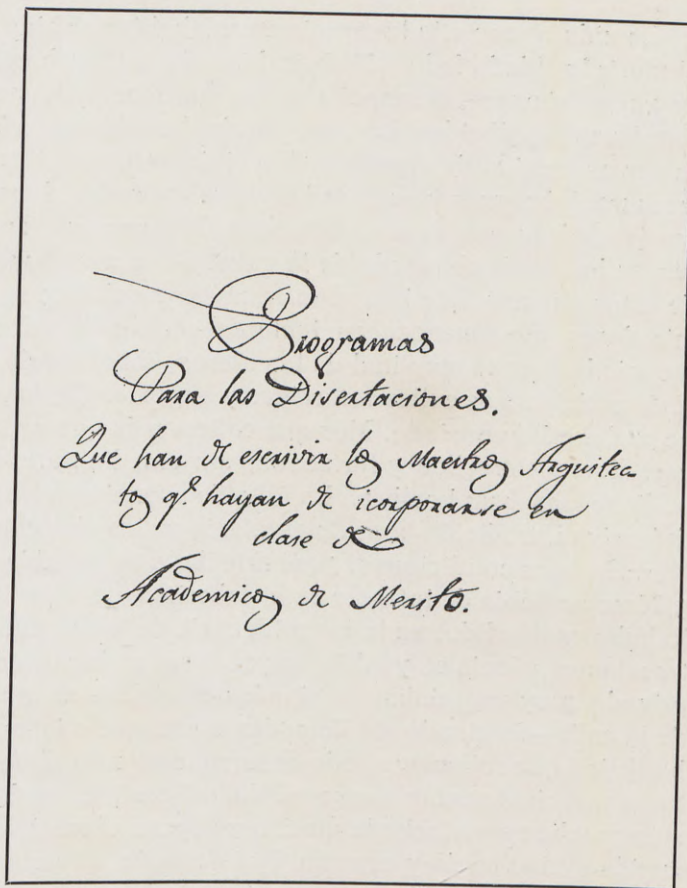
(3) *Noticia Histórica*, 1773, pág. 53.

(4) *Idem*, pág. 56.

(5) *Vid.* TRAMOYERES: «El Museo Provincial de Bellas Artes», *Almanaque de «Las Provincias»* de 1914, pág. 165.—TORMO: *Historia del Museo*, cit.

(6) Jerigoncistas, chafallones y badulaques llama Cean a los artistas del barroco.

veían en él sino «superfluidad y disparate» (1), siendo Churriguera para ellos el más relapso de los *jerigoncistas*, contra quien capitalmente habían ido los tiros, hasta llamar «churriguerismo» a la modalidad barroca española y tenerle equivocadamente por fundador de ella (2). Creían con Llaguno—por no citar más—que el barroquismo había llegado «en la línea de lo malo a un término en que era imposible seguir adelante» (3). Hasta se clamaba por el gótico, que recusaron como herejía y ahora aceptaban como mal menor (4), transigiendo con él antes que tolerar las licencias barrocas. Fué el gran error de aquellos señores. No supieron ver ni quisieron enterarse de nada, encerrados en su dogmatismo agresivo (5). Y, sin embargo, todo se debía a un proceso normal. En el florecimiento barroco, como en los demás florecimientos, había actuado, renovadora de valoraciones artísticas, ávida de otros ensayos y otros perfeccionamientos, la llamada ley del cansancio de la forma (6). Lo barroco seguía a lo renacentista, como tras aquél llegaba lo neoclásico y después vendría el romanticismo, con el eclecticismo y la serie interminable de inquietudes y aspiraciones nuevas nunca saciadas.



Portada del cuestionario redactado en el siglo XVIII para el ingreso de los arquitectos como académicos de mérito.

(Archivo de la Academia).

(1) PONZ: *Viaje de España*, t. IV, pág. 138.

(2) LAMPÉREZ: *Historia de la arquitectura cristiana*, t. II, pág. 642.—CAVEDA: *Ensayo histórico...*, pág. 485.

(3) LLAGUNO: *Noticia de los arquitectos y arquitectura de España*, t. III, pág. 102.

(4) «¡Oh, arquitectura gótica!—escribe Ponz—. Te echaron de casa para acoger a quien era mejor que tú, pero esto duró poco, porque te sucedió otra, que sin embargo de tus raros caprichos y excentricidades te ha hecho buena.»—*Viaje*, t. IV, pág. 158.

(5) Véase sobre esto *Estudios del barroco español*, por A. García Bellido, competentísimo trabajo que, entre otras notables aportaciones, trae la prueba documental de haber nacido Churriguera en Madrid (calle del Mesón de Paredes, el 21 de marzo de 1655), cuando sus detractores lo creían de Salamanca, testimonio de cuánto ignoraban del gran artista.

(6) Vid. OTTO SCHUBERT: *Historia del barroco en España*, pág. 103.

La vida, y con ella la arquitectura, habían sufrido un cambio radical y profundo al morir la Edad Media. Todo había sido militar hasta entonces. La ciudad, en pie de guerra siempre, acampaba entre murallas. Algunas catedrales disponían como fortalezas sus ábsides. La casa miraba hostilmente a la calle, recelosa de que pudiese ser un camino de agresión. No vivía para ella, sino contra ella. Lo decían la estrechura, lóbreguez y suciedad de aquellas calles, basurero, cloaca y barrizal perpetuo (1). Inútilmente lo castigaban las Ordenanzas. Tomáranse las medidas que fueran, todo seguía abusando de la calle. Se la cruzaba de sobrados, tan abajo algunos de estos puentes, que impedían transitar a caballo; se la estrechaba con voladizos y miradores, que amenazaban juntarse con los de enfrente, como poco menos hacían los tejados por la amplitud de los aleros, dificultando la entrada del aire y la luz (2). Este goticismo de calles retorcidas y angostas (3), horribles casas y horribles calles, se prolongó demasiado. Más que calles, más que callizos, eran, en ocasiones, como corredores estrechos y tortuosos, sin otra holgura que la indispensable para que pudiese pasar un hombre. La falta de espacio en las ciudades muradas, atenciones defensivas, tradición musulmana, exigencias del clima, todo había de contribuir a ello. En tales condiciones, ¿qué arte iba a ser posible en las fachadas de estas casas? ¿Cómo se había de intentar en el laberinto de aquellas calles? Solamente cabía, y lo hubo espléndido, en la magnificencia de los monumentos religiosos, en las construcciones palaciales y edificios públicos, en la morada señorial, pero no en la casa privada, muy especialmente si más que aislada se la mira como elemento estructural de la calle—formando las llamadas manzanas o islas—y atendiendo al problema urbanístico que solamente pudo desarrollarse más tarde. Por otra parte, la casa de entonces, recientemente desprendida del castillo, acabada de salir de la torre militar, conservaba en su fachada maciza y espesa el vestigio guerrero, lisa, sin huecos, sometida al tipo mudo y cerrado. Fué después, al variar las costumbres, lejano lo medieval, cuando semejantes exteriores acabaron por tranquilizarse y se cubrieron de adornos, abriendo confiadamente más ventanas cada vez—mayores y múltiples estos vanos—a la dulzura de la nueva vida.

Al prender en aquellos exteriores la ornamentación barroca, graciosamente alocada, frondosa, exuberante, con el *horror al vacío*, surgió erudita y terrible la reacción neoclásica. Nada que no fuese preceptivo se había de tolerar. Vitrubio y nada más que Vitrubio. Pero eso no iba a ser posible. Y no lo fué.

LA JUNTA VALENCIANA DE ARQUITECTURA

Nuestra Academia de San Carlos procuraba seguir, en cuanto le era factible, las reglas y organización de su vincular la de San Fernando.

(1) LAMPÉREZ: *Las ciudades españolas y su arquitectura municipal al finalizar la Edad Media*.

(2) LAMPÉREZ: *Arquitectura civil española*, t. II.

(3) En una carta del 18 de julio de 1393, dirigida por los *Consellers* de Valencia a sus representantes en Aviñón, citada en mi trabajo *San Juan del Hospital*, dicen lo siguiente: «cascun de vosaltres sab com aquesta Ciutat fo edificada per mōdros a lur costum estreta, e meçquina, ab molts carrers estrets, volcats e altres deformitats». Y en nueva carta fechada el 15 de septiembre del mismo año, vuelven a hablarles de «les deformitats que son en aquesta Ciutat de carrers morischs e daltres dolenties segons tot aço es raonat pus largament en la dita primera letra e segons vosaltres mateix qui visi ho havets sabets millor que letra no pot explicar».—Libro de Cartas Misivas, núm. 5. Archivo Municipal.

De este modo pedía en 1789 constituir una Junta de Comisión de Arquitectura igual a la que funcionaba en aquella Academia, para examinar, corregir, aprobar o reprobar todos los proyectos de obras públicas que se intentaran en lo que entonces formaba el reino valenciano (1).

Autorizada para ello (R. O. 2 noviembre 1789), dictó las Constituciones que habían de regir la nueva entidad (2), siendo aprobadas y dispuesta su observancia por R. O. de 22 de noviembre de 1790 (3).

Componían la Junta los directores y tenientes de Arquitectura, individuos natos (art. II de las Constituciones), y los profesores hasta completar entre todos el número de cinco, que como dispar precavía que no hubiera empate en las votaciones (art. I). Secretario de la Junta había de ser el de la Academia (art. III). Las reuniones tenían que celebrarse en el local de la misma (4), sin día ni número determinado, porque «tal vez recurrirían asuntos de tanta urgencia que el atrasarlos sería en detrimento del bien público» (art. V).

Los planos, diseños y expedientes de las obras se presentaban al examen de la Junta, y cuando era indispensable corregir algo, se indicaba en el informe, para que todo «saliese con la perfección del Arte y como correspondía al honor del Cuerpo por cuya censura había pasado» (art. X). Si la obra era rechazada, bastaba indicar el principal o principales motivos de esta resolución (art. X). Podía la Junta, median-do solicitud, nombrar «sugeto para proyectar alguna obra o para el reconocimiento de ella» (art. XII), como también para aparejador o director de la misma (art. XV). En el caso de que alguna de las obras rechazadas perteneciese a comunidades o pueblos de cortos haberes, siéndoles gravoso costear otros diseños, se encargaba de hacerlos la Junta, sin interés alguno (art. XVII).

Alcanzaba su jurisdicción a cuanto se construyera de nuevo, incluso en los templos, y así se la ve intervenir activamente en la aprobación de retablos, diseños de

(1) Junta particular del 7 de abril de 1789.

(2) «Constituciones para el gobierno de la Junta de Comisión de Arquitectura de la Real Academia de San Carlos conforme a la Real Orden de S. M. de 2 de noviembre de 1789 y arregladas según la práctica de la Real Academia de San Fernando.»

(3) «El Rey ha visto las Constituciones que la Academia de San Carlos ha formado para el Régimen de la Junta de Comisión de Arquitectura, que con R. O. se ha establecido en ella a ejemplo de la que hay en la de San Fernando para examinar, corregir, aprobar o reprobar todos los proyectos de obras públicas o reparos de consideración que se intenten en ese Reyno, según lo acordado y mandado por S. M. en repetidas órdenes circulares. En consecuencia pues de las ventajas que produce la Junta de Comisión de esta Academia espera S. M. que la nueva de San Carlos haga lo mismo dirigiéndose exactamente por estas Constituciones que se ha dignado de aprobar en la forma que van y mandar se observen puntualmente en la revisión y examen de todos los diseños de obras públicas que se intenten hacer en ese Reyno, que todos deben pasar a la inspección de la Junta, según lo mandado anteriormente por el Soberano, debiéndose denunciar cualquiera otra que le falte la aprobación de la Academia. Para esto se imprimirán estas Constituciones y pasará la Academia ejemplares a todos los Tribunales a fin de que se hallen enterados de lo dispuesto en beneficio del decoro de la Nación y de las Artes. Se lo prevengo para que entere de todo a la Academia etc. San Lorenzo 22 noviembre 1790.—Floridablanca.»—Actas de la Academia, 1792.

(4) Orden de los asientos: El director más antiguo de Arquitectura era el presidente nato en todas las juntas. En su ausencia presidía el profesor de más antigüedad. Sentábase a la derecha del presidente el segundo director y a la izquierda el teniente más antiguo. El segundo teniente a la derecha y los profesores graduados en el mismo orden de derecha a izquierda por antigüedad. El secretario tenía su asiento enfrente del presidente (art. VIII).

altares y planos de capillas (1). «Que se quiten los adornos que se representan sobre las cabezas de los santos—dicen en el informe de un altar para el convento de Santo Domingo (2)—y los del arco, formando en su lugar unos recalados con fajones y molduras proporcionadas.»

La misma intervención ejercía en las construcciones y obras públicas, carreteras, canales, azudes, mediciones y líneas de terrenos, etc. Si era necesario personarse en el sitio donde se iba a realizar la obra, tenía asignado como dietas, cuando salía fuera, ciento veinte reales por individuo (3).

Todo el problema urbanístico, con el ensanche, prolongación y alineamiento de calles, acometido en el siglo xix, ocupó sendas sesiones e informes de la Junta, singularmente el plano topográfico de 1835, base fundamental de aquellas reformas (4).

Era, además, esta institución académica el tribunal de examen para la concesión de los títulos de agrimensor, oficial de albañilería, maestro de obras, arquitecto y académico de mérito por la Arquitectura.

Consistía principalmente el examen de agrimensor en un ejercicio sobre aritmética y geometría, y una vez demostrados por el solicitante sus conocimientos en estas materias, se le expedía el título «para solo medir campos» (5).

En el examen de oficial de albañilería se encomendaba a uno de los miembros de la Junta empleara al aspirante en cualquiera de las obras que tenía a su cargo, y si pasada esta práctica era favorable el informe, se oficiaba al Hermano Mayor de la Congregación de Maestros a fin de que extendiese el título (6).

Para ser admitido a examen de arquitecto había que presentar los planos de un edificio delineados en papel de Holanda, acompañando el cálculo del coste y método de construcción. Además, el certificado de estudios facultativos en la Academia y el de prácticas bajo la dirección de arquitecto aprobado. Si informaba favorablemente la Junta, se notificaba a la Academia y era avisado el aspirante para que acudiese a practicar la «prueba del repente». Los temas de este ejercicio, cuestionario¹ seleccionado para el examen, formaban un libro donde iban anotados con su correspon-

(1) R. O. de 24 de junio 1784, confirmatoria de la de 25 de noviembre 1777 sobre obras en los templos, poniéndolas al cuidado de la Academia.

(2) Junta 21 octubre 1829. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

(3) Junta 14 junio 1830. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

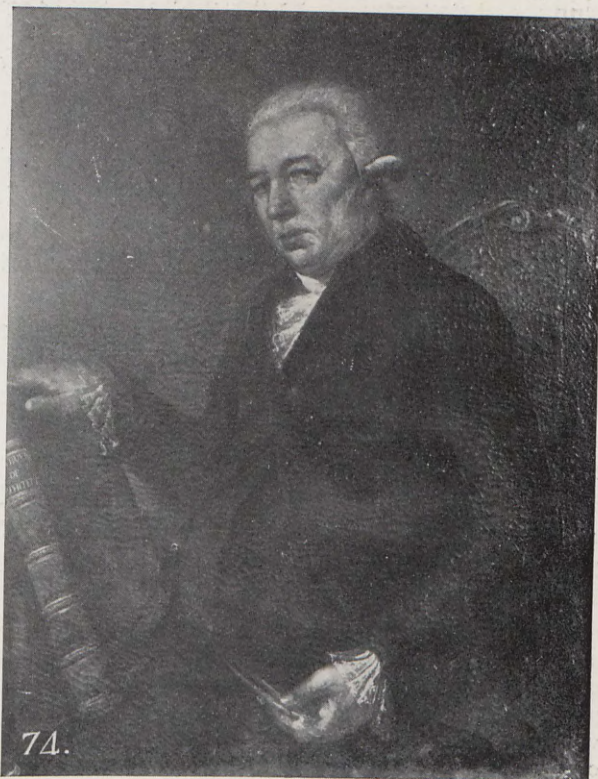
(4) Junta 7 abril 1835 y siguientes. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

(5) *Agrimensor*.—«En vista de un Memorial de Josef Carceller, vecino de la Villa de Sueca, de edad de 25 años, pidiendo el grado de Agrimensor, verificado el examen de aritmética y geometría, se acordó expedirle el título correspondiente para solo medir campos, que en el mismo acto se le entregó.»—Junta 22 febrero 1828. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

(6) *Oficial de albañilería*.—«Entendida la Junta de la deliberación de la Junta ordinaria de 6 del corriente para que sea examinado en la práctica de Albañilería Francisco March, vecino de Ribarroja, a fin de obtener la Cartilla de oficial, acordó: Que el Académico D.ⁿ Manuel Fornes le emplee en las obras que dirige e informe para en su vista dar cumplimiento a lo deliberado por la Real Academia.»—Junta 10 julio 1828.

«Se leyó una exposición del Académico de Mérito D.ⁿ Manuel Fornes en que expresaba había examinado en la práctica de Albañilería, en una de las obras que dirige, a Francisco March, que le halló con la suficiencia correspondiente para obtener la Cartilla de oficial a que aspira. La Junta se conformó con este Dictamen, y a consecuencia de lo acordado por la R.^l Academia deliberó: Se oficie al Hermano Mayor de la Congregación de Maestros de Obras para que expida la Cartilla de Oficial al mencionado Francisco March.»—Junta 4 agosto 1828. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

diente número. El Viceprotector, al verificarse el sorteo, metía la plegadera tres veces en este libro de temas y se registraban de aquel modo tres números, uno de los cuales, elegido por el pretendiente, servía de asunto para el ejercicio (1). Duraba esta prueba del repente «un día entero, desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche» (2), sin salir de la Academia, y era indispensable practicarla al día siguiente de sorteados los temas (3). Tenía necesariamente el aspirante que dejar «asegurados los perfiles», y manchados de tinta china «los esbati-mentos o sombras en fachadas y corte» (4). La Junta procedía a comparar al día siguiente el trabajo remitido con anterioridad, llamado «obra de pensado», y el del ejercicio del repente; sometía después al pretendiente a un examen de teoría y práctica de la Arquitectura, y si el resultado era favorable se informaba a la Academia juzgándole acreedor al título de arquitecto (5).



Retrato de D. Vicente Gascó, Director de Arquitectura,
por José Zapata.

(Salón de Actos de la Academia.)

(1) El libro de temas permanecía cerrado bajo llave en la sala de Juntas, atendiendo a la más escrupulosa exactitud, y al hacerse el sorteo, con objeto de que nadie pudiese saber el asunto en cuestión, los números que habían salido se anotaban al margen de la solicitud sin leerlos en público.

(2) Así dice textualmente la R. O. de 29 de julio de 1801 que reguló estos exámenes a petición de la Academia de San Fernando para evitar la lentitud de las pruebas que antes se venían haciendo. Sin embargo, en el acta de la Junta de Comisión, que insertamos en las notas, se habla de un plazo de doce horas solamente, que acaso serían aquellas de la R. O. descontadas las de comida y descanso.

(3) Se podían facilitar al examinando los libros clásicos de Arquitectura que necesitase y hubiese en la Biblioteca de la Academia.

(4) R. O. 29 julio 1801.

(5) *Arquitecto*.—«Se leyó un Memorial de D.ⁿ Juan Peralta y Cárceles, natural de Murcia, y actualmente residente en esta Ciudad, pidiendo el título de Maestro Arquitecto, a cuyo fin acompañaba el Proyecto de una Academia para el estudio de las Nobles Artes, de su invención, y delineados en cuatro papeles la fachada, dos plantas y dos cortes con el Informe facultativo de la construcción de la obra y cálculo de su coste, y a más dos certificaciones del Director D.ⁿ Cristóbal Sales y Teniente D.ⁿ Joaquín Tomás de sus estudios en esta R.^l Academia y de su práctica en varias obras bajo su dirección respectiva y otra de D.ⁿ Juan Elvira y Soriano de su buena conducta moral. Y visto y examinado todo por la Junta acordó que es de parecer que el pretendiente puede continuar su solicitud para lograr el título a que aspira.»—Junta 23 abril 1829.

«Consiguiente al sorteo de repentes practicado en la Junta ordinaria de 3 del corriente para el que debe hacer D.ⁿ Juan Peralta y Cárceles para el título de Arquitecto que solicita se presentó el día 5 del

Más laborioso fué, hasta llegar a una reglamentación definitiva, el nombramiento de académicos de mérito por la Arquitectura. Establecieron los Estatutos de 1768 que fuesen académicos de mérito aquellos profesores que por su pericia se considerasen reputados maestros (1), teniendo que presentar, para ser recibidos, los planos de una obra acabada (2), y en su vista se procedía a votar secretamente la admisión, con bolas blancas y negras (3). Sin embargo, en 1786 se adoptaban nuevas reglas para una total seguridad del verdadero mérito de los pretendientes. Habían de dibujar, aislados, en una sala de la Academia, los planos de la obra que les fuese señalada, y después se les examinaba «del conocimiento fundamental de la construcción en las partes de cantería, carpintería y demás que corresponde a la monte, y asimismo en la geometría y cálculos necesarios para el desempeño de su facultad» (4). No obstante volvieron a modificarse estas reglas en 1800 (5), exigiéndoseles estar bien reputados en la parte moral como en la facultativa, y, además de presentar el trabajo, redactar una disertación sobre el tema que les tocase en suerte. Si merecía la aprobación se procedía a votar en la forma indicada (6).

Aparte de la importancia del cuestionario y de las especialidades en la materia, exigidas para los títulos que acabamos de enumerar, el examen de maestro de obras era, en el procedimiento, como los anteriores. Hubo un período durante el cual estuvo suspendido este título. Pidió su renovación la Academia y le fué denegado

mismo y entendido de los tres programas eligió el señalado con el número 20, que es: «La planta y alzado de un Salón dispuesto para obsequiar un Príncipe con función de baile, concierto de música y otras diversiones.» Y executado en las 12 horas que previene la R.¹ Orden de 29 de julio de 1801 se presentó a la Junta del siguiente día 6 y vistas y examinadas dicha obra y la de pensado, se hicieron varias preguntas al pretendiente relativas a ambas y a la teórica y práctica del Arte y por unánime parecer se acordó se informara a la R.¹ Academia que se juzga acreedor a obtener el título de Maestro Arquitecto a que aspira.»—Junta 6 mayo 1829. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

(1) Debían asistir a los estudios como ejemplo de los discípulos y «para irse perfeccionando más y más a fin de merecer ser ascendidos a tenientes y directores». Estatutos de la Academia. Art. XV. Número 1.

(2) «La planta, fachada y corte de un edificio insigne, como templo, palacio, tribunal, convento, etcétera». Estatutos. Art. XXIX. Núm. 2.

(3) Estatutos. Art. XXII. Núm. 4.

(4) Resolución de S. M. de 2 julio 1785.

(5) R. O. 27 mayo 1800.

(6) *Académico de mérito*.—«Entendido D.ⁿ Vicente Belda, Maestro Arquitecto del asunto que le salió en suerte en la Junta ordinaria de 3 de julio de 1825 y en el número 22 del libro de disertaciones para la incorporación en clase de Académico de Mérito, según la R.¹ Orden de 23 de Mayo 1800, a saber: «De la utilidad de las Matemáticas en el ramo de la Arquitectura hidráulica. Reflexiones teóricas y prácticas de la construcción de los Caminos, Puentes, Presas y Canos, con explicaciones inteligibles de la variedad del espesor de cepas y estribos, según los empujes de las aguas y terrenos y exemplar de la distribución de la agua de un canal de riego en diferentes razones y velocidades.» Presentó a la Junta el escrito que sobre dicho punto había formado el que leyó. Seguidamente se le puso en un papel la cuestión relativa a la expresada disertación o escrito que decía: «Conocida la cantidad y velocidad de la agua que pasa por un canal proporcionar un sifón o cano para cruzar expeditamente otro canal o corriente de agua.» Se dió al pretendiente media hora de tiempo para resolver la cuestión propuesta y concluida la leyó el mismo. Después de lo cual habiéndose salido dicho pretendiente se conferenció por la Junta sobre ambos escritos y quedó acordado que se aprobaban dándose cuenta a la R.¹ Academia quedar concluido lo mandado en la citada R.¹ Orden de 27 de mayo de 1800 hasta el número 3.^o a fin de que se sirva acordar pueda procederse a la votación secreta que previene el número 4.^o»—Junta 31 enero 1828. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

(R. O. 28 junio 1802), hasta que lo restablecieron en 1817 por reclamaciones, no sólo de nuestra Academia, sino también la de San Luis de Zaragoza, atendida la necesidad de reconstruir tantos edificios destruidos durante la guerra de la Independencia. Exponía el reglamento de exámenes (R. O. 11 octubre 1817) que en el justo concepto de ser una clase media, no se podía exigir a los aspirantes los altos conocimientos de la profesión ni la extrema finura y delicadeza en los diseños, pero sin que debiera prescindirse por esto de los principios científicos ni de la práctica. No siendo discípulos de la Academia, tenían que acreditar sus estudios y haber practicado dos años. Presentaban el proyecto de un edificio de segundo orden, hacían el ejercicio del repente, y si eran aprobados se les expedía el título por la Academia «con expresión del límite de facultades concedidas», o sea, podían «medir, reconocer, tasar, proyectar y dirigir toda clase de edificios comunes y particulares en lo civil e hidráulico», pero se les prohibía en edificios y obras públicas, iglesias, templos, comunidades religiosas, como no fuese en clase de segundo director (1).

Claro es que la autoridad dada por la Academia a estos títulos mediante los exámenes oficiales encontró la resistencia de quienes, no aceptando la novedad, preferían seguir la costumbre de nombrar para tales cargos a los que quisieran, estuviesen o no en condiciones facultativas.

Fué un proceso largo y empeñado. La Academia recababa sus derechos para hacer valer el prestigio de la Escuela de Arquitectura, y vino a sancionarlo al fin una R. O. de 1787 dándole la razón. Ningún tribunal, ciudad, villa ni cuerpo alguno eclesiástico o secular podía conceder el título de arquitecto, ni de maestro de obras, ni nombrar para dirigirlas a quien no se hubiese sujetado al riguroso examen de la Academia de San Carlos en el reino de Valencia. Se abolían los privilegios que conservaban algunos pueblos de poder dar títulos de arquitecto y de maestro de obras arbitrariamente a quienes por lo regular eran incapaces. Y se establecía, por último, que los arquitectos mayores de las capitales y cabildos eclesiásticos fuesen precisamente académicos de mérito (2).

(1) *Maestro de obras*.—«Se dió cuenta de un memorial de Josef Serra y Simó, natural de Benifayró de las Valles de Sagunto, de edad de 25 años, aspirando al título de Maestro de obras, a cuyo fin acompañaba el Plan de una Portada figurada para la Villa de Almenara, camino Real de Barcelona, delineados geométricamente en cuatro papeles dos fachadas, dos cortes y dos plantas de la obra, con el método de construcción de la misma y cálculo del coste, y a más certificación del Director D.ⁿ Salvador Escrig de haber trabajado en varias obras de su dirección con buena conducta, probidad y honradez y vistos y examinados los dichos Planos se acordó: Se dé cuenta a la R.^l Academia que esta Junta de Comisión juzga, que el pretendiente se halla en estado de que se le sortee asunto para el repente según lo prevenido en el número 6.^o de la R.^l Orden de 11 de octubre de 1817.» Junta 26 marzo 1831.

«A consecuencia del sorteo de repentes que se sirvió practicar el Excmo. Señor Presidente en 14 de abril para el que debía hacer Josef Serra y Simó, natural de Benifayró de las Valles de Sagunto, vecino de esta Ciudad, de 28 (*sic*) años de edad, a fin de obtener el título de Maestro de obras, que tiene pedido, se presentó en 18 del mismo, y entendido de los tres Programas eligió el número 4, cuyo asunto es: «Planta en piso de tierra, o interior, corte y fachada de un Molino de Cubo, para dos piedras, terreno y figura arbitrario.» Y executado dentro de la R.^l Casa de la Academia en las 15 horas que previene la R.^l Orden se presentó en esta Junta, y vistas y examinadas dicha obra y la de pensado, se hicieron varias preguntas al pretendiente relativas a ambas y en la teórica y práctica del Arte y por unánime parecer se acordó informar a la R.^l Academia, que juzga al pretendiente en estado de obtener el título de Maestro de obras, a que aspira.»—Junta 21 abril 1831. Libro de Actas. Archivo de la Academia.

(2) R. O. 28 febrero 1787. Volvió a establecerse en la de 5 de enero de 1801: «declaramos nulos, de

De ahí el sumo cuidado que ponía la Junta de Arquitectura en el examen para conceder este título, no sólo por lo que significaba la incorporación a la Academia, sino también por la importancia de los cargos a que daba derecho.

PRECEPTIVISMO

Ya hemos visto que en la primera solemnidad pública de la Academia—reparto de premios de 1773—el disertante apuntaba contra el barroco.

Años después se recrudecía el ataque. «¿Quién no detesta y abomina la confusa hacina de follages y adornos que desaliñan, afean y obscurecen; teniendo como a un anatema académico el vergonzoso apodo de *nuevo Churriguera*?» (1), se preguntaba en la misma solemnidad del año 1792 (2).

Parecía natural que con estos arrebatos del «anatema académico» y del «vergonzoso apodo» pudieran darse por satisfechos los antibarroquistas, pero aun volvieron a la carga pidiendo en la frienal solemnidad de 1795: «¡Lejos de nosotros aquellos caprichos abominables...!» (3), hasta llegar en la de 1804 a las censuras más desatadas, diciéndose entre otras cosas: «Los arquitectos de los dos últimos siglos... se vengaron con ahogar—la arquitectura—, desfigurarla, sepultarla en un abismo de impertinencias a nombre de ornatos... Apelaron a la batahola, a la confusión, a la barahunda de perendengues y pampanages» (4), párrafo este último bien barroquista, al modo de lo que ellos mismos entendían arbitrariamente por barroco.

Pero en el fondo de todo esto había una consigna. Para algo, aparte los altos fines didácticos, fueron fundadas las Academias, que entonces, como todo, eran del rey. Y, triunfante lo neoclásico, se había impuesto desde arriba la segunda dictadura vitrubiana, declarándose herético cuanto no se amoldase a ella. Todo había quedado reglado. La Estética—creían—acababa de decir su última palabra. El preceptismo, dogmático e intangible, velaba por ella.

Esta obra de ideario uniforme, anegada en la rigidez automática de regla y compás, a base de patrón establecido, desnaturalizaba a la arquitectura como arte de las artes. El artista que siempre ha de ser el arquitecto, peligraba verse reducido a la pasividad disciplinada de un formidable constructor utilitario y científico, pero sin asomo de personalidad, sin independencias ni originalidades, atadas las manos.

Y «el arquitecto—ha dicho Rada Delgado—, para merecer tan hermoso nombre, necesita tener tanto de sabio como de poeta, tanto entendimiento como imaginación. Levantarse de las profundidades del cálculo a los ricos espacios de la fantasía» (5).

Malo había sido el desenfreno barroco, su delirante locura final de ornamentación

ningún valor ni efecto los títulos de Arquitectos y Maestros de Obras o de Albañilería que los Prelados, Cabildos, Ayuntamientos y Gremios hayan expedido en contravención de la citada Real orden de 28 de febrero».

(1) Subrayado en el original. Actas de la Academia.

(2) Distribución de premios de 6 agosto 1792. Discurso del académico de honor, canónigo don Antonio Roa.

(3) Reparto de premios de 6 noviembre 1795. Discurso del académico de honor don Pedro de Silva.

(4) Reparto de premios de 12 noviembre 1804. Discurso del académico de honor, deán de Játiva, don José Ortí Sanz.

(5) Discurso de contestación al de ingreso del arquitecto don Ricardo Velázquez en la Academia de San Fernando.

desconcertante y extraviada, pero ahora venía la época de otra exageración y de otra intolerancia. «El empeño neoclásico, constantemente exagerado y mayormente intransigente» (1), dictaba sus normas de arquitectura.

Las Academias, a quienes se había confiado la censura de obras y el nombramiento de arquitectos, cuidaban de la observancia de los nuevos cánones.

Académico, entonces, quiso decir clasicista, imprescindiblemente clasicista. De ahí el academismo durante lo neoclásico. Después este concepto se fué ampliando, y recientemente el gran crítico de arte y novelista José Francés, académico de la de San Fernando, señalaba en la citada Corporación cómo se descubre en las Academias «el deseo de un dinamismo fecundo, el ansia de una coetaneidad eficaz», dentro siempre de lo reflexivo de su misión funcional y esencialísima, pero que conjure cualquier anquilosamiento en ellas, tema socorrido de sus detractores. «El pasado—dice con su admirable estilo el ilustre escritor—tiene en las Academias encendida perennemente una lámpara votiva. Pero no por esta condición primordial de su existencia, no porque haya de sostener intacto el prestigio de lo que fué admirado en otra época y conserva posibilidades de ejemplaridad en las siguientes, les está negado a las Academias el contacto directo con la vida actual, la convivencia con los nuevos credos estéticos y la simpatía activa hacia las tendencias modernas» (2).

Sigamos ahora examinando la actuación de las Academias en aquellos tiempos. Ya hemos oído expresarse a la nuestra en las solemnidades públicas. Veamos cómo informaba la Junta de Arquitectura con ocasión de una visita a la barroca iglesia de San Esteban, adonde fué para inspeccionar la pintura de la misma, acabada de realizarse. «Que aunque no se ha alterado—dice—ni variado el orden de Arquitectura de dicho templo, no obstante lo pintado para expresar el adorno arquitectónico en pilastras, paredes y bóvedas, por no hallarse arreglado a las propor-



Retrato de D. Vicente Marzo, Director de Arquitectura, pintado por Miguel Parra.

(Salón de Actos de la Academia).

(1) TORMO: *Levante*, pág. CLIV.

(2) Discurso de contestación al de ingreso del Sr. López Mezquita en la Academia de San Fernando.

ciones del Arte, si se hubiera presentado el pensamiento, de ningún modo lo hubiera aprobado la Junta».

Este era el criterio. Las normas neoclásicas tenían entonces su salvaguardia en las Academias.

Sin embargo, a pesar del preceptivismo, uno de los más bellos ejemplares del barroco en Valencia había de ser obra de un académico. La portada del palacio del marqués de Dos Aguas, espléndida, soberbiamente barroca, la hizo el insigne escultor Ignacio Vergara, director de esta Academia y uno de sus fundadores.

PRIMER PROFESORADO

Los primeros directores de la Escuela Valenciana de Arquitectos fueron Vicente Gascó y Felipe Rubio, elegidos el 11 de marzo de 1765 para formar la Junta de Arquitectura, que en unión de las demás—Cristóbal Valero y José Vergara, la de Pintura; Ignacio Vergara y Luis Domingo, la de Escultura—iban a constituir la Academia.

Tomaron posesión estas Juntas el 13 de marzo y atendieron a la redacción de los Estatutos, los cuales fueron remitidos en noviembre a la Academia de San Fernando para que los presentase, como ya queda dicho, a la aprobación de Carlos III. Al mismo tiempo cuidaban del ensanche, adorno y arreglo de lo que iba a ser Academia de las nobles Artes, dirigiendo con su pericia las obras necesarias. Principiaron los estudios el 13 de febrero de 1766. Dos años después, aprobados los Estatutos (14 febrero 1768), las Juntas de estudios se erigían en Academia bajo el título de San Carlos.

FELIPE RUBIO no pudo alcanzar esta apertura. Había muerto en 1767. Su obra principal es la Casa de la Aduana, que no dejó acabada, encargándose de terminarla su cuñado Antonio Gilabert.

VICENTE GASCÓ, director de Arquitectura (1), era, como Felipe Rubio, académico de mérito de la de San Fernando desde 1765. Había hecho estudios en nuestra Universidad, donde iba a graduarse de maestro en Artes «cuando le obligaron a variar de profesión la muerte de su padre, que había sido arquitecto, y la situación de su familia» (2). Fué elegido director general de esta Academia de San Carlos en 1776. Pertenecía también a la de San Petersburgo. Dió las primeras lecciones en la Escuela de Arquitectura, alternando con Gilabert, nombrado director a la muerte de Rubio. Era un gran arquitecto y al mismo tiempo un gran ingeniero. «Restaurador de la Arquitectura en Valencia» le llama Llaguno (3), y mayores alabanzas, las más entusiastas y fervientes, se le dedican en las Actas de la Academia (4). Obras principales suyas son la capilla del Carmen, decoración del templo de la Virgen de los Desam-

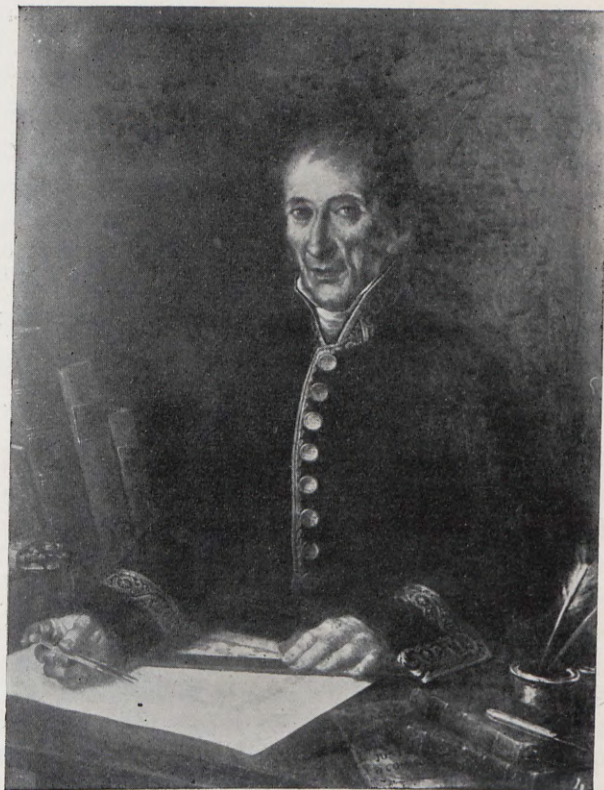
(1) Nació en Valencia el año 1734.

(2) Actas de la Academia, 1801-1804, pág. 9. Su maestro era don Vicente Lloréns.

(3) Tomo IV, pág. 294.

(4) «La brevedad que exigen estas memorias no permite presentar, ni aun en escorzo, el relevante mérito de este digno profesor, por cualquier parte que se le mire. Baste decir que Gascó fué un genio, que sin redundar en erudición indigesta, supo pensar, meditar y producirse felizmente: que su conducta y modales podrán servir de norma a los Profesores de las Nobles Artes, que aspiren a sostener dignamente el decoro debido a su profesión.»—Actas de la Academia desde 1801, pág. 12.

parados (1), iglesias de Ribarroja, Benasal y Villahermosa; Casas Consistoriales de Alberique, Sollana y Murviedro y Casa de la Enseñanza de Cullera. Dirigió las obras de la carretera de Aragón, donde trazó varios puentes (2), como en la de Madrid; los de Catarroja y Cullera son suyos (3). A él se debe también el camino del



D. Cristóbal Sales, Director de Arquitectura, retrato pintado por José Zapata.
(Salón de Actos de la Academia).

Grao. Esta eminente figura de la arquitectura valenciana moría en Valencia el 4 de julio de 1802. Su retrato, pintado por Zapata, se puso en la sala de Juntas y está hoy en el salón de actos de la Academia.

ANTONIO GILABERT (4).—Director de Arquitectura (1768), llegó a director general de la Academia en 1784. Alternó con Gascó en la dirección y enseñanzas de la Escuela de Arquitectos. Agotado por el trabajo pidió, en 1791, la jubilación y le fué concedida con todos los honores. Murió el 13 de diciembre de 1792. Obras principales: terminación de la Aduana, como se ha dicho. También la de la iglesia de

(1) *Levante*, pág. 158.

(2) Actas de la Academia desde 1801 cit.

(3) LLAGUNO: tomo IV cit.

(4) Nació en Pedreguer, 1716.

los Escolapios, con su audaz cúpula (1). La capilla de San Vicente y celda de San Luis Beltrán (magníficas obras) en el convento de Santo Domingo, iglesias de Turís y de Callosa de Ensarriá (2) y ermita de Nules. Además de otras muchas particulares, su intervención en la renovación de la Catedral valenciana, donde este ilustre arquitecto logró felizmente la arriesgada operación de sostener apuntalado uno de los ángulos del cimborio, mientras se sustituía un antiguo pilar por el que se hizo de nuevo.

JUAN BAUTISTA MÍNGUEZ (3).—Teniente director de Arquitectura en 1768, es el tercer arquitecto que actúa con Gascó y Gilabert en la fundación de esta Academia y en las enseñanzas de la Escuela. Estuvo en Madrid como delineante de las obras del Palacio Real, colaborando con Sacchetti en los planos del mismo. También se distinguió en los de la Aduana de Valencia. Fué nombrado director honorario de Arquitectura en 1775. Moría en 1787. Y dice Llaguno: «sin haber dejado ninguna obra pública bajo su nombre, porque la necesidad de mantener su familia le obligaba a dirigir las que llevaban el de otros profesores, quienes con el talento, estudio y saber de Mínguez se adquirían un honor que le pertenecía» (4).

JOAQUÍN MARTÍNEZ (5).—A los veintitrés años, en 1773, fué elegido académico de mérito, después de ganar el primer premio de Arquitectura. En 1775 era teniente director honorario, y con ejercicio y maestro de matemáticas en 1779. Elegido director de Arquitectura (1791), llegaba a director general de la Academia en 1793. Obras: varias en la Universidad, puente de Alberique y altar mayor de San Juan del Hospital (6).

BARTOLOMÉ RIBELLES (7).—Otro arquitecto e ingeniero a la vez, profesiones entonces frecuentemente unidas. Académico de mérito en 1773, ascendía a teniente director en 1775. Fué uno de los más reputados profesores de la Escuela; pero nombrado por el rey para dirigir las obras de la carretera de Castellón, donde construyó el hermoso puente de Villarreal (8), pidió la excedencia en 1788 y le fué otorgada con los honores del cargo y voz y voto en las Juntas. Murió el 26 de febrero de 1795. Obras principales: capilla del Pópulo de Cuarte, camarín del Cristo del Grao, claus-

(1) «en cuya gran linterna dejó una prueba nada equívoca de su saber y de su espíritu y atrevimiento en cerrar una bóveda ancha y espaciosa».—LLAGUNO: tomo IV, pág. 295.

(2) ALCAHALÍ: *Diccionario Biográfico*, pág. 431.

(3) Nació en Valencia, 1715.

(4) Tomo IV, pág. 296.

(5) Natural de Valencia, 1750.

(6) ALCAHALÍ: *Diccionario Biográfico*, pág. 431.

(7) Nació en Valencia, 1743.

(8) «Ofreció su construcción la particularidad de ser denunciadas como ruinosas las obras por los émulos de Ribelles en 1787, a cuyo tiempo y quedando por hacer dos de los trece ojos del puente, hubo una avenida tan fuerte, que las aguas, arrollando cuanto a su peso se oponía, lo cubrió por completo hasta el punto de suponer las gentes habían desaparecido las obras arrastradas por aquella espantosa corriente; pero de pronto se vió que la solidez del puente nada había perdido, porque dispuesto un reconocimiento facultativo por la superioridad, diéronlo por bueno, y pudo nuestro paisano continuar las obras.»—ALCAHALÍ: *Diccionario Biográfico*, pág. 436.

tro y enfermería de Santo Domingo y el presbiterio de la iglesia parroquial de Almansa.

VICENTE MARZO.—A los veinte años (1780) ganó el primer premio de Arquitectura. Académico de mérito (1781), era nombrado teniente de arquitectura y matemáticas en 1791 y director en 1801. Fué director general de la Academia en 1812, bajo el dominio francés. Se jubiló en 1824. Obras: proyecto de la colegiata de Gandía, ornamentación del altar mayor de la Catedral de Valencia, camarín de la capilla de la Virgen y el palacio del conde de Parcent, el mayor de los privados.

JOSEPH GARCÍA (1).—Académico de mérito en 1785. Había hecho estudios en nuestra Universidad, como Gascó, que fué su maestro. Teniente de arquitectura y matemáticas en 1791, el mal estado de salud le hizo renunciar a su empleo, pero se le conservaron todos los honores y preeminencias. Fué maestro mayor de la Ciudad y del Cabildo. Acabado por la enfermedad y el estudio, moría a los treinta y seis años en Valencia, el 30 de junio de 1796. Obras: la casa del Sagrista o «Magistre», junto a la Catedral; los baños del Hospital; las iglesias de Benafe, Caudiel, Jérica y Requena; trazado de la catedral de Ibiza; capilla del Sagrario de Manises y otras.

MANUEL BLASCO.—Académico de mérito en 1785, fué elegido teniente de arquitectura en 1794 y director en 1824. Se distinguió mucho entre el profesorado de matemáticas de la Escuela. Moría en 1825. El presbiterio de San Esteban (1801) es una de sus obras (2).

Por último, CRISTÓBAL SALES (3), director de nuestra Escuela, arquitecto mayor de la Ciudad, autor de la Casa Vestuario, reconstrucción de la Universidad, proyecto del Teatro Principal, Matadero, Cementerio y otras muchas obras. Dirigió las de la carretera de Zaragoza y el proyecto de la de Castellón a Morella (4). Presidió durante todo el primer tercio del siglo XIX la Junta de Comisión de Arquitectura, de la que formaban parte el también director Salvador Escrig, los tenientes de director Joaquín Tomás y José Serrano, y los profesores Manuel Fornés, Salvador Escrig Melchor, Vicente Belda y Francisco Calatayud.

FINAL

Esto fué la fundación de nuestra Escuela de Arquitectura y su desenvolvimiento en la vida artística valenciana.

Institución olvidada, merece traerse al recuerdo y a la consideración presente, como homenaje debido a lo que fué, a su gran labor, al indiscutible prestigio de su autoridad.

Institución influyente y docta, iba formando reputados arquitectos, los cuales eran a la vez competentes y artistas, y de modo singular, como destacada cualidad suya,

(1) Nacido en Novelda, 1760.

(2) TORMO: *Levante*, pág. 100.

(3) Nacido en Valencia, 1765.

(4) ALCALALÍ: *Diccionario Biográfico*, pág. 459.

grandes y especializados dibujantes que, sin perjuicio del completo dominio de la técnica profesional, trazaban y componían admirablemente.

Por ellos el nombre de Valencia en esta noble arte de la construcción, primera de las Artes, alcanzaba la misma altura obtenida en todas las otras.

Además, acabamos de ver cómo aquel organismo, aparte de su función docente, procuraba también el fomento y desarrollo de obras, su encauce y orientación y hasta la ayuda personal si la necesitaban.

Escuela de glorioso pasado, se clausuró al establecerse en Madrid la Superior de Arquitectura. Una voz amiga, la del diputado Sr. Just, acaba de pedir en las Cortes la justicia de que se abra de nuevo, reincorporándose a la enseñanza. Es lo menos a que tiene derecho Valencia: recuperar lo que con tanta eficacia y solicitud fundó nuestra Academia de Bellas Artes en su meritisima labor cultural.

HE DICHO.
